

SOBRE EL SIGNIFICADO E IMPACTO DEL ABORTO UNA CONTRIBUCION ESTRUCTURALISTA PSICOANA- LITICA A LA PSICOLOGIA DE LA MUJER.

*Por Carlos Guevara, Ph.D. **

En respuesta a la periodista Sylvia Gómez que me abordó sobre el tema con motivo de un reportaje para la televisión (sept., 1983).

Hoy quiero permitirme un poco de retórica: Lo primero que debo señalar es la incomodidad que sentí respecto a la pregunta. Quizás porque venía de una mujer y siento que al fin y al cabo es solamente una mujer la que tiene pleno derecho a asumir y contestar la pregunta. Segundo, que antes de decidirme a contestar invité a participar a un colega en la entrevista a efectuarse, como si fuera demasiada responsabilidad divulgar mi posición sin el concurso de otros como yo. Había que compartir la escena dado el peso que mi respuesta podría tener y la responsabilidad que contraía en tanto soy psicólogo profesional y profesor de psicología en una sociedad profesionalizada como la nuestra. Por último, no pude comenzar a responder a la pregunta sin hacérsela yo antes a una mujer, invirtiendo así la relación en que estaba hasta ese momento.

No he querido omitir este recuento (para muchos quizás exhibicionista y accesorio) porque tengo razones para pensar que la incomodidad que revela no es sólo la mía, sino de un gran número de colegas, varones y mujeres puertorriqueños, no obstante la actitud desenfadada de muchos en pro y en contra del aborto.

Veamos la respuesta de la mujer abordada:

“Una se siente como un animal. Una mujer como yo que ha luchado por tener hijos y que luego incurro en un delito contra la ley natural. Algo que sólo puedo hacerlo como mujer. . . y luego deshacerlo. . . ¿Por qué no tomar las medidas necesarias? Me siento masoquista, como una vaca que va a sacarse algo —a que la ordeñen, a sacarle algo natural de su cuerpo; cómplice

* Profesor, Departamento de Psicología, U.P.R., Río Piedras, Puerto Rico.

de un mercader que se aprovecha.

“Yo, por un lado, pienso en lo que me ha pasado a mí, por otro, en esas mujeres que han sufrido una violación, que por situaciones económicas muy precarias no pueden tener el hijo, o cuando éste es anormal: ahí encuentro el aborto justificado.

“Eso de decir que estoy en contra, no puedo; es una decisión individual”.

Habiendo una mujer vertido su palabra, puedo ahora retomar la mía: Aclaremos de entrada que el efecto del aborto, como el de todo acontecer o acción humana, depende de la actitud que se tenga hacia ello. Y que a su vez esta actitud consciente depende del valor simbólico —fundamentalmente inconsciente— que tenga para la mujer. Esto naturalmente está determinado culturalmente y en última instancia de cómo esté situada una mujer en la cultura.

Para simplificar, podemos decir que las posiciones básicas que puede detentar una persona en el quehacer cultural son sólo cuatro: Mujer, Hombre, Niño y Niña.¹ Son éstas las cuatro posiciones que se crean dado el cruce de las dos coordenadas presentes en toda organización humana: la coordenada generacional y la de género sexual.* Señálese que no siempre coincide el sexo biológico de los individuos y su edad cronológica con su posición cultural, ni que tampoco una posición determina, impide o excluye que la persona asuma como localización temporera y secundaria, otra que la suya básica. Nótese también que estar en una posición no depende exclusivamente del individuo que la asume: depende del vis á vis, del otro u otros que están en posiciones complementarias. No hay posición Niño, distinta a la de Niña, sino ante otros que asuman, en relación y por medio de él las posiciones Niña, Hombre y Mujer, y viceversa. Si podemos mantenernos en estas posiciones en la soledad, es porque inconscientemente la estructura ya internalizada nos determina y guardamos como parte de ella las imágenes complementarias.² Lo que llamamos alud mental, madurez, un ego fuerte, no es otra cosa que la capacidad del individuo de poder asumir distintas posiciones sin perder una que le sirva de base y por la que se le reconoce en su(s) grupo(s) de referencia principal(es). Esta facilidad no está adherida necesariamente a la preferencia o variabilidad sexual erótica del individuo.³

Partiendo de esta base, las posiciones culturales dables para una mu-

* Levi-Strauss, Claude 1972 *Structural Anthropology*, Penguin, Harmondsworth University Press.

jer (biológicamente hablando) son también cuatro en cuanto a la sexualidad humana, y por ende también ante determinado aborto. Es desde ahí que vamos a poder explicar la significación o impacto del mismo para una mujer.⁴

Desde la posición Niña, dependiente complementariamente de los Adultos, está imposibilitada de asumir la sexualidad en las formas reservadas para ellos.* Asumirla violaría esa complementariedad (y por ende anularía su posición) dejándola sin lugar como sujeto cultural en cuanto quedaría expulsada de su posición de Niña sin otro lugar que el de loco o loca —él o la que está afuera, cuya palabra y acción quedan absolutamente descualificadas al nivel simbólico y se convierten en “síntoma de enfermedad” de acuerdo con las concepciones médicas actuales. No descualificar la sexualidad reservada para los Adultos en una Niña (lo que varía en sus particularidades de cultura a cultura, pero en todas restringida) los expondría a ellos entonces a ser expulsados de sus propias posiciones.

La función procreativa, más allá y sobre la potencia biológica para poderla desempeñar, es una de las adscripciones de las posiciones Adultas, quizás la fundamental en tanto es general posibilidad de todos o casi todos. Fundamentalmente es ella la que marca la línea divisoria entre Adultos y Niños; pero en tanto en el humano predomina lo cultural sobre lo biológico, lo simbólico sobre lo real (el significante sobre el significado, dirían los lingüistas con el concurso de Jacques Lacan, el famoso y recién desaparecido francés, revolucionario del psicoanálisis*) es la función creativa de bienes y símbolos, riquezas y conceptos lo que los delimita: el niño juega, el adulto trabaja; forma en que significamos sus hechos y productos, aún cuando realmente los del Niño le sirvan al Adulto que los apropia e incorpora, y las del mayor vayan al olvido o al tarrón de basura. Trata esta línea divisoria de las creación de valores de intercambio al nivel cultural y no de objetos con peso y densidad específica.

Para una mujer en la posición Niña el aborto entonces representaría algo así como la extirpación de un tumor, de una substancia ajena, en cuanto su preñez sería el resultado de un acto que no podría significarse de otra forma excepto de violación, en cuanto ella es Niña. Psicológicamente la situación es sin embargo más complicada, ya que vivirá la intervención ginecológica típicamente como otra violación y exposición de lo que ha de mantener oculto en tanto Niña. De modo que paradójicamente el mismo procedimiento que trata de anular o borrar

* El uso de mayúsculas señala el concepto de posición cultural (simbólica) de los entes biológicos sociales que están así localizados.

lo extraño, lo que no debe estar ahí, la falta, el trauma (y no me refiero al físico), repite el mismo. Muchos cuidado habrá de tenerse de que por remediar se reincida en un acontecimiento aún más traumático.

Desde las posiciones de Niño u Hombre en que una mujer podrá estar instalada, el significado o impacto del aborto, además de parecerse al de la Niña, tendrá el componente adicional de que la enfrenta doblemente a unos hechos o realidades que quisiera eludir: su vulnerabilidad ante el hombre y su maternidad, que al ser negada no puede dejar de afrontar, según es imposible decir "No" a algo a lo que no se le ha adjudicado algún grado de realidad.

Desde la posición Mujer, el significado e impacto del aborto es mucho más difícil de precisar por la pluralidad de sentidos que pueda tener el ser por nacer para ella.

Cabe resaltar, y no dejar implícito solamente, que Mujer implica haber asumido como propia la sexualidad adulta. Ello no supone que no está como Mujer la que no participa activamente de relaciones sexuales con un hombre. En tanto se trata de procesos a niveles simbólicos, que aunque fundamentados en lo material que les sirve de base, lo trascienden, estar como Mujer implica: ver y aceptar al complementario, al Hombre, como copartícipe en la creación cultural, sin que sus diferencias⁵ la expongan a la envidia y la parálisis psicológica (lo mismo aplicaría al Hombre, sólo que en este el afecto relacionado con tal incapacidad lo viviría más típicamente como temor y odio, dadas las circunstancias sociales de ambos en nuestra cultura. Naturalmente, el poder así hacerlo no depende de ella solamente: ya hemos dicho que estar en una posición cultural no depende exclusivamente de sí mismo(a), sino del concurso y la confirmación recíproca de las partes complementarias.⁶ En la relación sexual, plano de significación primaria de la correlación Hombre-Mujer, estar como Mujer significa aceptar para sí la parte que por su naturaleza sólo a ella le corresponde —vivirse como continente del cuerpo de su amado y derivar satisfacción, placer y goce del mismo, lo que implica en principio poder simbólicamente aceptar para sí su producto.

A una Mujer le será imposible eludir la función procreativa al nivel simbólico que es concomitante al acto, aún cuando ella misma coarte el proceso a través de los diferentes medios accesibles desde la abstinencia hasta el aborto como tal, ya que al renunciarla con tales acciones, no puede menos que reconocerla. De hecho, la puede renunciar en cuanto la reconoce. Su actitud hacia el aborto no estará desligada de sus otras actitudes hacia el sexo, ya que comparten una misma base en su sistema simbólico. Probablemente el grado de desenfado o indiferencia con que trate el aborto dependerá de su narcisismo, ya que narcisismo implica negar la naturaleza relacional de su ser Mujer, negar su ser incompleto

como humana en tanto su individualidad sólo se logra en el terreno simbólico-cultural que es de todos y de nadie: lo sistémico por excelencia.

No se me mal entienda. No quiero decir por lo anterior que la mujer que aborta o que de alguna forma coarta su maternidad es necesariamente narcisista. La situación es más complicada:

Representa la procreación sexual para la Mujer la forma primigenia e imaginaria⁷ en que a través de su ser incompleto precisamente por ello, logra imaginariamente rebasar tal condición de ser. Esta postura imaginaria a su vez deberá ser rebasada so pena de caer en un acaparamiento del niño(a) (simbiosis) que los separará a ambos de la matriz sociocultural creando las raíces de la enajenación y la locura. Creo que situación psicológica similar a la de la madre con su hijo(a) por venir, no se encuentra en la experiencia del varón; probablemente lo más parecido sería el abrazo a la amada en el momento cúspide del amor, en él es el hombre tanto continente como contenido por ella —imagen que puede recogerse en las primeras páginas del Banquete de Platón. Pero este es un momento que escasamente puede llamársele tal en tanto la conciencia se halla casi ausente (goce) y como en la mujer, altamente lábil, volviendo cada cual a su posición existencial de separación, soledad y carencia.

Naturalmente ese valor simbólico privilegiado del bebé por nacer para la Mujer está más acentuado en sociedades donde se le niega posibilidades creativas (esto es, valoradas así por el grupo y ella misma) lo que la deja con la maternidad como el único o principal medio de hacerse partícipe activa valorizada en la creación cultural. Es por ello que la opción del aborto es más abordable para la Mujer en sociedades que le facilitan otros medios de creación. Aún así, representa el aborto para las mujeres de sociedades menos sexistas un insulto al Yo en cuanto este último está fundamentado en la protoimagen del cuerpo ahuecado cuya "marca de calidad" no logrará hasta haber logrado una posición de generatividad en su grupo cultural, y cuyo símbolo privilegiado es el hijo o hija.

Volvamos a las palabras de la mujer abordada sobre el tema: Nótese las imágenes de animalidad. Se le clasifica como animal, vacuno, a un acto que como ella dice sólo una mujer estará en posición de llevar a cabo. Lo anterior señala la naturaleza contradictoria del acto para esta mujer: sólo ella lo puede hacer pero hacerlo es animal, con lo que señala la naturaleza límite del mismo en cuanto a la vez que la signa como Mujer, la niega. Nótese, además, cómo a través de su discurso va creándose una distancia entre la sujeto que habla y la sujeto de la que está hablando: primero hablando de un "acto", luego de un acontecimiento —"me ha pasado a mí"— a la par que intelectualiza saliéndose de la posición personal y evaluándolo positivamente para otras. De hecho, la posición

de *otra para ella misma* es la que ha adoptado en tanto convierte el acto en acontecimiento. Tenemos aquí, quizás, un ejemplo del mecanismo de represión en acción: la sustitución de unos significantes por otros, permitiéndole a la sujeto —de momento vulnerada en, o excluida de, su posición base por la agresividad de la pregunta que provenía de uno que sabía (y ella sabía que él sabía que ella sabía)— recuperar su posición base.

Pero entonces, ¿qué es lo que lleva a una Mujer a optar por un aborto cuando de base lo vive como castración, mutilación, acto animal, infrahumano? Es que la vida es compleja: como Mujer no sólo tiene una relación con su cuerpo y sus productos, sino también con los otros: su amante, su marido, sus hijos, sus padres, sus allegados, en fin con la comunidad en que desempeña unos roles y con los que está ligada por reglas y normas fuera de las cuales su condición sería igualmente infrahumana —una paria. Tiene también una ligazón con las imágenes del Yo (complementaria a la de esos otros) y con metas y objetivos que lo caracterizan, que lo vehiculizan en el tiempo y en el espacio.

Una preñez, por lo tanto, puede representar un conflicto para una Mujer si éste choca con los motivos que la guían como persona en el mundo social. Veamos las posibilidades:

El caso en que la preñez haya sido el resultado de una violación: Ello en principio anula a la mujer como sujeto; es un acto que se ha cometido sobre ella por lo que el producto del mismo, que debió ser el significante de su competencia como adulto partícipe en la creación cultural, se convierte en lo opuesto: significante de su “no ser”, petrificándola, retornándola a la posición de cosa, por lo que la saca del esquema cuaternario a través del cual se instala en la cultura. Mantenerse en dicho esquema, en la posición base alcanzada es consustancial a mantenerse como sujeto por lo que se convierte en su motivo fundamental.⁸ Es por ello que a menos que incidan criterios de tipo religioso trascendentales que si bien de naturaleza cultural, paradójicamente hacen que la sujeto tome como secundaria su posición cultural (dándole primacía a su membresía en un “orden metafísico”) a una Mujer le será relativamente fácil decidir abortar afrontando el miedo que pueda causarle la intervención ginecológica en tal situación.

En el caso de una mujer neurótica que oscila de posición Niña a posición Mujer o de posición Mujer a la de Hombre o Niño, la preñez habrá sido el resultado de una conducta sintomática. Su concepción probablemente la ha vivido como un acontecimiento, un hecho fortuito, resultado de un lance inexplicable, compulsivo, por lo que el ser por nacer no será para ella sino el signo ineludible de la posición Mujer que por demás se le hace difícil tomar sin tachar de inmediato, ya que ello representará para ella un entrapamiento emocionalmente aniquilante.

Son éstas las situaciones que típicamente llegan a la clínica en tanto precipitan una crisis neurótica o un derrumbamiento psicótico.

Por último, el caso donde sencillamente fracasaron las precauciones contraceptivas por innumerables posibles razones que van desde el ardor de la pasión de que nos hablan los poetas hasta el pedestre profiláctico que cedió en el momento crítico. Se encuentra esta mujer en una situación conflictiva, saldrá con las marcas que le sirven de insignia a todo ser humano que por hacer uso de sus capacidades simbólicas y su conciencia, no podrá jamás sino sentirse angustiada (no aniquilantemente) en cuanto que sus selecciones implican pérdida. Podrá para calmarse y poder decidir llevar a cabo razonamientos más o menos lógicos y fundamentados, pero al fin y al cabo no podrá eludir un leve peso (en la mejor de las circunstancias) tome la acción que tome. Y es así, porque con su consentimiento da o no lugar a una vida que podrá o no convertirse en un ser humano, para bien o para mal.

Separo la cuestión de la vida de la cuestión humana (y ella también lo hace consciente o intuitivamente) en cuanto el ser del humano, distinto al del animal, trasciende al hecho de vivir y responde a la pregunta del cómo vivir, de para qué vivir; lo que por su naturaleza es un problema cultural —simbólico— y no biológico. Esto es verdad aún para los que asumen posturas religiosas, sino, ¿cómo entender la conducta ejemplar del mártir o el que no se condene la guerra en la que típicamente mueren más los que poco tuvieron que ver con ella que los que la decidieron y practicaron? Aún el postular la vida como valor supremo ejemplifica paradójicamente el hecho de que es sobre el cómo y el para qué donde se define el sentido y el significado de la vida humana, en tanto se condena y simbólicamente se repulsa a aquel que vive o desea vivir de acuerdo a valores contrarios.

Sabe la madre intuitivamente que para que se logre —de ese organismo biológico que le late dentro— un ser humano es algo más que comida y cobija lo que se requiere. Falta que pueda ella amarlo: que pueda traducir el sonido chirriante de su llanto en llamado dirigido a ella, en deseo de ella, y que a su vez en ese deseo de la cría se constituya en el deseo de ella. Traerlo al mundo y soltarlo no es tampoco de por sí una opción más responsable que el aborto, ya que no puede demandar de otros lo que ella no puede dar —lo que realmente nadie puede dar en el sentido activo del verbo: se ama o no se ama. Y es que ese amor sólo se produce en ella si a su vez ella ha sido y se siente amada; sólo se fecunda en ella, no lo crea ella. Es don. Su origen está en otra parte, o mejor dicho en ninguna parte, ya que el amor humano (¿y qué amor puede no serlo?) surge de las relaciones entre los seres y tiene como base una cadena de ausencias, de rupturas: entre el *homo sapiens* carente de instintos y la naturaleza, entre el recién nacido y el cordón umbilical que lo

ata a la placenta, entre el infante y su madre, en el momento en que descubre su separación (verdadero nacimiento psicológico, nunca fechado), entre el niño y su objeto (madre) cuando irrumpe el tercero (función del Padre) llevándole a constituirse como sujeto sexuado: Hija o Hijo que podrá convertirse en Madre o Padre. Es precisamente esta última ruptura la que permite, por un lado, la instalación cultural del sujeto al proveerle una posición base desde la cual actuar hacia la consecución de metas, y por otro, el desarrollo del amor, en tanto éste es sólo posible (más allá del intento de cautivar o ser cautivado por el otro) sólo cuando la diferencia entre el otro y yo (la que lo hace objeto de mi deseo) puede ser asumida como diferencia complementaria en relaciones de reciprocidad simétrica y no como carnada entrampante y esclavizante.⁹ Es también precisamente este paso el que le permite situarse como Niña y luego como Mujer en la creación cultural posibilitando el deseo procreativo y el que pueda amar a su cría. Creo que si seguimos esta lógica hasta sus consecuencias últimas, podríamos decir que tampoco es la mujer la que aborta; ella es sólo el medio a través del cual el sistema humano del cual es parte aborta esa nueva posibilidad humana que representa la vida que lleva adentro.

Llegamos así a la contradicción que posibilita la libertad humana ya que ésta se erige precisamente sobre el reconocimiento de nuestras determinaciones, lo que es posibilitado por la conciencia humana estructurada simbólicamente permitiendo el desarrollo del saber.

No importa cuál sea la posición de la mujer que nos consulta como psicólogos ante la disyuntiva de abortar o consentir a su embarazo, la situación es siempre harto compleja y no permite prescripciones. La labor del psicólogo debe ceñirse a facilitarle a ella (y al hombre, en cuanto comparta la responsabilidad) el desarrollo de una conciencia más cabal sobre su situación que le permita descubrir su verdad debajo de los escombros de juicios y prejuicios pasados, de las mentiras de vida que le impiden la toma en guía social o espiritual para la cual no estamos mejor preparados como profesionales, y para lo cual ella no nos ha llamado. Prescribirle, como me indicó un estudiante con el que comentaba este escrito, constituiría una violación simbólica, en cuanto hacerlo, dada la autoridad que ella nos confiere, menoscaba su posición como sujeto de su historia.

Para terminar, quiero resaltar que la situación que se me creó al confrontarme a la pregunta sobre el aborto, no es diferente estructuralmente a la de la mujer que se encuentra ante el dilema de llevarlo a cabo o no. Ambos oscilamos entre priorizar el valor de la vida o la vida de los valores que constituyen el sentido de vivir. Ambos buscamos dentro y fuera de nosotros una guía que nos señale el camino y ninguno de los dos sabía o sabe de antemano dónde dicho camino termina, si es que

responsablemente nos mantenemos con ojos, oídos y mente abiertos.

Viene a mí la imagen de Agamenón y Clitemnestra en el drama griego como el binomio que debate entre sí, como un Yo en crisis dividido; ¿cuáles deberán tener preeminencia? ¿las leyes constituidoras del orden civil (simbólico) o las de la naturaleza? Deberá sacrificarse a Ifigenia para mantener la organización del grupo, aunque con ello se desate una dialéctica que aún no ha sido superada. Si lo hubiera, ¿qué valor tendría la pregunta sobre el aborto y mi larga respuesta? Creo que ante ella nos encontramos en una situación límite en cuanto (cómo ha descubierto Levi-Strauss,* el genial antropólogo francés) se trata del dilema sobre el cual se monta la civilización griega, y como tal de una buena parte de la civilización occidental: ¿Es el hombre un ser autóctono (esto es: de la tierra, de la naturaleza —de lo que es distinto a él) o proviene de sus semejantes (un ser cultural) y por lo tanto su lealtad principal habrá de ser a ellos?

NOTAS AL CALCE

1. Un bebé, un infante que no habla, no es sujeto cultural, es sólo un objeto cultural muy especial, sobre el cual caen las representaciones simbólicas culturales de los adultos que lo incorporan a su nexa.
2. A estas imágenes Jung las llamó arquetipos (ej. Anima y Animus) en tanto que careciendo de la herramienta conceptual del materialismo dialéctico no tuvo otro remedio para nombrarlas que adjudicarle una naturaleza trascendente e inmanente.
3. Aunque el orden cultural y lingüístico es fundamentalmente autónomo vis á vis el orden biológico, toda sociedad mantiene ciertas diferencias claves en lo real (p. ej. la diferencia biológica entre los sexos) lo que le sirve de base para organizar las relaciones entre sus miembros. Los procesos directamente ligados a estas diferencias toman entonces características de sagrado pasando los enculturados a percibir las actividades culturales así ligadas como naturales y lo distinto como perversión.
4. De pasada, podemos decir que sólo producirá trauma psicológico profundo en el sentido patológico del término (evidenciado por la aparición de conductas disociadas) cuando la significación objetiva (esto es, colectiva) de una experiencia no pueda ser asumida desde la posición cultural base que la persona ostenta (ej., la de Niña) sin que ello conlleve un cambio de dicha posición base, o restructuración de la persona en sus relaciones interpersonales significativas, lo que por distintas razones podrá estar obstaculizado. Tal restructuración equivale a una restructuración de la matriz simbólica.

Cada posición cultural base implica una matriz simbólica que como un programa de computadora permitirá la interpretación de los datos sensoriales de determinada manera, lo que implica un proceso reductivo. Un ejemplo de este proceso, naturalmente a un nivel más superficial que el de la estructura base de las cuatro posiciones que he señalado, es el caso de la percepción diferenciada de distintos tipos de nieve llevado a cabo por el esquimal en comparación a la percepción mucho menos diferenciada de la persona del trópico cuando se enfrenta a la misma realidad. Es precisamente la palabra, en este caso el nombre particular que presenta el adulto, lo que le permite al niño dimensionar su realidad y percibir la cosa "nieve x", que por no tener nombre particular no es percible para nosotros.

5. Naturalmente, no me refiero a las diferencias sociales, económicas y políticas que se traducen en la opresión de un sexo por el otro creando la contradicción cada vez más visible e insidiosa que aqueja nuestro sistema social. Bien hacen los y las feministas en esclarecerla y combatirla, ya que su mantenimiento actual sólo resulta en el estancamiento del desarrollo del potencial humano, creando a la par desavenencias y odio entre las partes. Como tal, tarde o temprano, habrán de ser superadas. Me refiero a aquellas diferencias que le permiten constituirse como pareja complementaria al hombre y la mujer (pasando entonces a la posición cultural Hombre y Mujer) y que naturalmente tienen como referente material la diferencia genital: vagina-pene; continente-contenido. Fuera del orden cultural (o sea, en el plano imaginario) las mismas diferencias (continente-contenido) engendran la envidia y el sado-masochismo, como bien han podido dilucidar los psicoanalistas lacanianos fundamentándose también en los trabajos de Melanie Klein (véase Gear M. y Liendo, E. *Semiología, Psicoanalítica*, 1974 Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión) y los psicoterapeutas de familia que fundamentan su teoría y su práctica en la Teoría de Sistemas Generales de Ludwig Von Bertalanffy (véase *General System: Theory*

(1968). New York: Braziller). Un ejemplo sobresaliente de estos últimos es el trabajo de Mara Selvini y sus asociados (Selvini Palazzoli, M. et al., *Paradox and Counterparadox*, 1978, New York, Jason Aronson.)

6. Véase Gregory Bateson. *Steps Towards an Ecology of Mind*, Ballantine Books, Random House, New York, 1972.

7. El concepto de imaginario en la acepción en que lo utilizo proviene de la teoría psicoanalítica de Jacques Lacan (Escritos, Vols. I y II (1975), México: Editorial Siglo XXI). Según mi interpretación, se refiere a lo siguiente: a) lo que llamamos psicológico no es jamás inherente al individuo. Se trata del terreno de la relación entre los seres, incluyendo los animales. Por lo tanto, pertenece al mundo de la comunicación en el sentido amplio, lo que modernamente se conoce como cibernética: la ciencia que estudia los procesos de transmisión de información dentro y entre los organismos y artefactos; b) la psique humana está estructurada en tres niveles superpuestos, cada uno con un código propio, de cada nivel produciéndose el siguiente a través de un proceso de saltos dialécticos, siendo el más complejo el que, reincidiendo sobre el anterior, lo organiza. Los códigos correspondientes a estos tres niveles están formados por: a) índices o señales percepto-motrices; b) imágenes de objetos y c) signos lingüísticos. Lo imaginario pertenece entonces al segundo o nivel intermedio; lo simbólico, al tercero.

8. Aquí hemos rozado un concepto de Freud que hasta hace poco permanecía muy oscuro; por muchos rechazado y execrado aún cuando se consideran fieles a la teoría psicoanalítica. Se trata de aquel que sirve de meollo a uno de sus libros más inquietantes y para él fundamentales: *Más Allá del Principio del Placer*. Es el concepto nombrado en su negatividad como "deseo de Muerte", cuyo correlato positivo es la compulsión repetitiva. Freud ejemplifica con la anécdota del niño que (sólo dominando algunas palabras) juega con un carrete de hilo, del cual pende una hebra que le permite sustraerlo y atraerlo hacia sí, después de haberlo lanzado debajo de objetos que lo ocultan. Esta acción repetitiva la acompaña el niño con sonidos oposicionales que se asemejan a los del "Fort" y "Da" alemán, equivalentes al "Se fue" y "Ahí". La tinta que se ha vertido (¡y se continúa vertiendo!) sobre esta observación es considerable, y mucho más desde que Lacan enfocó su maravillosa interna sobre ella señalándola, como una instancia anticipatoria de la entrada o captación del niño por lo que llama: el significante, ya que con cuatro elementos muy simples logra el niño articular lo que es constitutivo del nivel simbólico: dos sonidos significantes de ausencia y de presencia, correlacionados a dos acciones cuyas que Freud toma como significadoras de las idas y venidas de la madre. El objeto ausente del deseo queda representado (presentificado) y al hacerlo el niño vive como sujeto una situación que ha vivido como objeto (¡eh aquí el elemento repetitivo!) a la par que es él ahora quien, identificado con el objeto ausente, lo acerca y lo abandona al nivel de la representación.

Argumentan Freud y Lacan que es precisamente este hecho lo que le permite al niño vivir la situación de separación de la madre con muy poca angustia. O sea, que es a través de instalarse y conservarse instalado utilizando mecanismos de acción repetitiva, como al nivel simbólico logra el niño asegurarse una avenida al placer o la disminución del displacer (que es lo mismo), sustrayéndose así de la instancia de angustia aniquilante -Muerte- que la ausencia del objeto conllevaba anteriormente. Ganancia suprema para el niño que dominará desde ahora su vida psicológica pero a costa de algo: el goce de la unidad primaria antes de constituirse el saber. Dice Américo Vallejo en su *Vocabulario Lacaniano* (1980, Argentina, Helguero Editores): "El saber del placer se contrapone al momento de la dominación del goce" (p. 19).

Nótese entonces que el "deseo de Muerte", no tiene absolutamente nada que ver con la muerte biológica; por tener su base a un nivel distinto de organización -el psíquico representacional; representa Ella la liquidación del edi-

ficio simbólico (el Saber) en tanto éste se contrapone al goce. Sólo así tiene sentido la oposición dialéctica que Freud presenta como fundamental. Más allá del principio del placer y del de realidad, que es sólo su corolario, se encontrará en toda vida humana la oposición que él representa con las etiquetas de Eros y Tánatos, una tendencia que ata lo desarticulado, (y para hacerlo tiene que ascender dialécticamente, creando las rupturas o fallas entre los niveles de organización: biológica, representacional imaginaria, simbólico cultural) y otra que desata lo articulado.

Volviendo al texto: cuando digo que mantener la posición base alcanzada (en lo simbólico) es el motivo fundamental de todo sujeto, masculino o femenino, en tanto que es desde dicha posición que él o ella puede aprehenderse en el mundo intersubjetivo y mantenerse en él. Posición base es la posición desde la cual el actor puede organizar un discurso tanto para sí mismo como para los demás e instalarse como sujeto en la comunidad de sujetos. Es dicho discurso (no necesariamente hablado, en cuanto llega a través del desarrollo a ser interno) el que organiza la realidad para la persona humana. Dice Américo Vallejo (Vocabulario Lacaniano, 1980, Argentina: Editores Helguero, p. 22):

“Fuera de cualquier nominalismo, lo que se quiere decir es que la lengua no es el conjunto de yuxtaposición de nombres, en el sentido gramatical. La relación del objeto (léase: también la significación y sentido de la realidad) está estructurada sobre la base de una red de **significantes**) y no permite entender el nombre como una expresión de la cosa, sino a la inversa”.

9. Tal proceso exige dos condiciones: 1) una matriz cultural, un sistema estructurado y estructurante, transindividual; que sirva de continente y de organizador de las relaciones entre las personas, y el cual nos rige a todos en cuanto mediatizados por la cultura. (Lacan le llama el gran Otro, identificándolo con el inconsciente freudiano y a la par con las estructuras que gobiernan el lenguaje simbólico) y 2) el deseo humano -el motor que activa esa estructura y el que está fundamentado en la “falta de ser” que nos constituye como humanos, y que siendo irreductible permite que el infante, posando su deseo en la madre, descubra al otro sobre el cual la madre posa su propio deseo (amor), transfiriendo él el suyo, desde ese otro descubra el deseo (amor) de éste por la madre y por él mismo. Llevándole entonces a reconocer la carencia de cada uno (a) en cuanto desean, por lo cual podrá asumir la propia carencia sin que ello constituya una condición de inferioridad que para ser superada requiera el poseer al otro o ser poseído por éste. Es esta la condición del amor: la reciprocidad del deseo en una estructura triangular (edipal).

* Subrayado nuestro.